

DEL ESTUDIO A LA PANTALLA

Mentidero cinematográfico

Ralph Forbes, actor del arte mudo, y su esposa Ruth Chatterton, actriz de la escena hablada, se han separado, quedándose él en la casa donde vivían juntos, y yéndose ella a otro domicilio. Son y seguirán siendo los mejores amigos del mundo, según declaraciones de ambos. No piensan aún en divorcio, si bien admiten la posibilidad de que algún día resuelvan llegar a tal extremo. Lo que pasa es que, manteniéndose sus respectivas profesiones de ordinario separados, han llegado a la conclusión de que los más cuerdo es separarse permanentemente. Al menos, eso es lo que ambos desean que sepa el público.

Yola D'Avril desmiente el rumor de que está comprometida para casarse con el director Lewis Milestone. Son muy buenos amigos y andan juntos por aquí y por allá, pero de eso a ser novios y a pensar en casarse hay mucha distancia.

La peliculara Filipina Lorna B. De Velan acaba de conseguir la nulidad de su matrimonio. Siendo discípula de la Universidad de Sudcalifornia, se casó el día de enero último con su condiscípulo James Velan, porque éste la hizo creer que gozaba de magnífica posición económica. Al día siguiente de la boda descubrió la cándida recién casada que su flamante esposo no tenía más que unos cuantos centavos para pagar su propio desayuno; y en vez de compartirlo con ella, le dijo:

—Tú estás demasiado gruesa. No necesitas desayunarte.

Ella, en vista de que él no tenía de qué vivir, ni con qué mantenerla, le abandonó inmediatamente, es decir: a las pocas horas de haber contraído matrimonio.

Ben Turpin es otro de los pelicularos veteranos que ha tenido que recurrir a los teatros de variedades, no por variar, sino por trabajar.

Lillian Gish ganará 10.000 dólares a la semana, según el contrato que firmó recientemente con Artistas Asociados. A Votto le pagaba \$200, y no estará dispuesto a aumentarle el sueldo, por lo cual la estrella buscó quien le pagara lo que ella creía merecer.

En una escena de «Flor de España», Vilma Banky tenía que lucir una gran sortija en el lugar que ocupa su preciado anillo matrimonial. Cuando el director le rogó que se pusiera aquella alhaja, la esposa de Rod La Rocque se opuso terminantemente a despojarse ni un momento del símbolo de su estado. Fue preciso hacer una sortija bastante ancha para que pudiera ajustarse encima del anillo.

Bodil Rosing que acaba de ser aplaudido por la parte que tomó en «Amanecer», y que también ha representado una parte importante en «La mujer del látigo», debe ser un motivo de esperanza para los «extras». Es suegra de Monte Blue. Por consiguiente, es abuela. Y lo tiene a mucha honra. Sobre todo, ahora que comienza a triunfar. ¡Cuántos «extras» habrá, que tendrán que esperar el triunfo hasta que lleguen a tener el honor de ser abuelos!

Aunque ya nadie se acuerda de él, Romaine Fielding era el más popular actor de la pantalla hace unos 15 años, según un concurso que por entonces se celebró.

Después de haber estimado su personalidad artística hasta caer a representar papeles secundarios, acaba de morir, casi olvidado de sus antiguos admiradores, y en la forma menos artística posible. Una infección de la sangre, ocasionada por la extracción de una muela, puso fin a su carrera cinematográfica y a su vida.

Rosetta Ducau ha recuperado el sentido del olfato, que perdió, hace cuatro años en una pelea con un gendarme. Una operación quirúrgica le ha puesto de nuevo en condiciones de apreciar mejor las flores que a menudo le envían los numerosos admiradores que tiene... cuando no se exhibe en la pantalla.

Si en la película «Tempestad» no logra John Barrymore hacer algo más digno de su fama, que lo que ha hecho hasta ahora en el cine, va a tener que volver a las tablas para que se le siga considerando como un gran artista.

Una fortuna se ha gastado en filmar escenas que no serán utilizadas, por haber cambiado tres veces de director y de primera actriz con el fin de dar gusto a aquel «as» que tantas dificultades halla para ganar una buena baza.

Empezó la película con Slav Tourjansky como director y Vera Veronina como primera actriz. Luego vino Lewis Milestone a ayudar al director ruso, y la Veronina fue substituida por Dorothy Sebastián. Al mes de estar trabajando esta artista, fue eliminado Tourjansky y la Metro reclamó a Dorothy para trabajar en una película que había de comenzar a los diez días.

Entonces Artistas Asociados resolvió aprovechar la llegada de la alemana Camila Horn, y poner el megáfono en manos de Sam Taylor. Y la película fue comenzada por tercera vez, quedando perdido cuanto se había gastado con los otros dos directores y las otras dos primeras actrices. De manera que la próxima obra de John Barrymore para Artistas Asociados será, por lo menos, dispendiosa.

Entre los numerosos artistas que F. W. Murnau sometió a prueba para elegir el personal de «Los cuatro diablos», figuraba una joven llamada Dorothy Kitchen, que representó un pequeño papel en «El destino de la carne». Fue escogida esta muchacha para uno de los principales papeles femeninos de la próxima obra que Murnau filmará para Fox; y fue también contratada por cinco años en la misma casa productora. Pero todo ello con una condición: que se despojase del prosaico nombre que llevaba y adoptase otro más eufónico. Ahora se llama Nancy Drexel. No es una advenediza en las lides artísticas. Trabajó en el teatro cuando era aún una niña; pero tuvo que abandonarlo para completar su educación. Luego, entró al cine mediante un concurso fotográfico organizado por un periódico de Nueva York.

Hazel Weil poco más que «extra» en la vida de los estudios. Y, en la vida particular, esposa de un autor de epígrafes para la pantalla, acaba de obtener su divorcio alegando crueldad y amenizando el proceso con frases dignas de la profesión de su marido.

ATALAYA

La "Mi - Careme" de Charlot

Se celebró, o mejor, cayó en jueves la Mi-Careme. En la calle, mezclado con una abigarrada muchedumbre de día festivo vi a Charlot.

No confundáis a Charlot con Charlie Chaplin. Este está en América. No obstante el que vi era Charlot; su imagen, su modelo, el mismo Charlie Chaplin, el feliz vagabundo, el Charlot auténtico con su arbitraria indumentaria conocida de todo el mundo y sus típicos andares. Y a pesar de todos esos detalles nadie creía que fuera Charlot, y tenían motivos los pacíficos viandantes para resistirse a creer que aquel transeunte fuese él... ¡en un día de Mi-Careme y de tal guisa. ¡Ah, no!

Fuera pleno Carnaval y la cosa tendría más viso de verosimilitud.

Alguien apuntó que estaba maravillosamente caricaturizado, pero la mayoría encontraba deficiencias. No estaba mal, pero abundando en la tesis de la mayoría; se le apercibían algunos defectos. Ahora bien; no se trataba de un imitador, ni de Chaplin, sino de Charlot el auténtico, de aquel Charlot que ejerció todos los oficios conocidos, que se casó por equivocación, que boxeo sin saber lo que era un guante, que fue y volvió a ser vagabundo, que en una borrachera, pudo, gateando con dificultad, reintegrarse a su hogar, que fue músico, soldado, prisionero, criado, alguacil, buscador de oro y «clown», Charlot, Charlie el miserable, siempre nómada y siempre hambriento de pan y de justicia... Los transeuntes lo miraban con curiosidad, pero sin maravillarse; lo miraban, como se mira algo raro, una mascarada y lo seguían con la mirada; al ver que se detenía ante un salón cinematográfico, alzaban los hombros en un movimiento de desdén, equivalente a un «¡qué me importa!» y continuaban su camino.

Lo recuerdo perfectamente, como si lo viera: Miraba las fotografías que se exhibían en la puerta, se quitaba el hongo, ese hongo raquítico, tan conocido, se rascaba la cabeza como si con esta acción tratara de desentrañar un intrincado problema que no entendía, y se lo volvía a poner. Luego oía un torrente estrepitoso de carcajadas, y sin embargo nadie reía alrededor del él. Era una bromita del micrófono que transmitía del interior, las carcajadas de los espectadores, que se deleitaban presenciando la serie de absurdos sinsabores que le acaecían a Charlie en aquel film; que entonces proyectaban. Reír es una manifestación de contento y él hubiera querido reír también... pero ¡es tan difícil reír para el que no tiene dinero!

El director de aquel cine vió a Charlot y en su mercantilizador cerebro surgió una idea, propia, desde luego, de aquel cerebro. Creyó en un principio que aquel Charlot era de «doblés»; lo mira de hito en hito, con curiosidad, lo que obliga a Charlie a poner una cara en consonancia con la del susodicho director. Char-



RENE ADORE

lie, Charlot el vagabundo, no un disfrazado, ni Charlie Chaplin, sino el miserable y ramplón, la imagen y semejanza de Chaplin, el eterno hambriento de pan y de justicia, mira asombrado, una por una, todas las peripecias de «El Circo», en tanto que las risas de los espectadores son transmitidas por el micrófono y la muchedumbre que transita por la espa-



OLIVE BROOK

ciosa vía oye con delectación estas risas, entre las que va mezclado el llanto de Charlie, que queda ahogado entre ellas y que llega a la calle como un risa más, del pobre vagabundo que jamás entró a un cine, que nunca vió su imagen vivir en la pantalla...

LUCIEN WAHL

LA SINGULAR BATALLA DE «JOE» Y «SAM»

La escena que filmaba John Barrymore cierto día en su película «Tempestad», fué interrumpida de súbito por furiosos ladridos y graznidos. Era una pelea furibunda entre «Joe», el loro de Mary Pickford, que se había escapado de la jaula y endilgado hacia el taller donde estaba Barrymore, y «Sam», el perro de John, que, por lo visto, no vió con buenos ojos la llegada del picudo visitante.

Cuando lograron separarlos, «Sam» había perdido casi todos los mostachos en el pico del loro, mientras las plumas de éste volaban por el escenario.

«LOS CUATRO DIABLOS»

Murnau se ha entregado de lleno a la filmación de la película «The Four Devils» (Los cuatro diablos).

Actualmente están filmando las escenas que muestran a todos los protagonistas en la edad infantil.

De este modo, un gran número de chicos actores están interpretando los papeles.

DE REGRESO

Los cosacos que se emplearon en la filmación de la película de este nombre de John Gilbert y Renée Adore han terminado su trabajo en los talleres de Metro-Goldwyn Mayer, y después de decir adiós a sus nuevas amistades, se han dirigido al puerto a embarcarse para su país natal.

LA NUEVA PELICULA Y EL NUEVO GALAN DE NORMA TALMADGE

El director Henry King está sacudiendo su megáfono para dirigir a Norma Talmadge en «The Woman Disputed» (La mujer disputada, literal), su próxima película para United Artists y para la cual se están haciendo los preparativos en esos talleres.

Está basada en la pieza teatral del mismo nombre que se exhibió en el Broadway neoyorquino durante once meses. Gilbert Roland hace de galán joven de Norma Talmadge. Esta será la tercera película consecutiva en que Norma escoge al simpático Gilbert Roland para su galán joven.

UNA JORNADA IDEAL

Un grupo de chicos de las escuelas de Los Angeles pasó un día de gloria en los talleres de la Paramount, la semana pasada, para algunas escenas de circo o carnaval de la película «Two Flaming Youths» (Dos jóvenes ardientes, traducción literal) de W. C. Fields y Chester Conklin.

El escenario representaba un carnaval. Cincuenta chicos colegiales recibieron un día de pago por montar en los caballitos de un carrousel, engullir cincuenta libras de sorbetes, beber docenas de botellas de aguas gaseosas, devorar doce libras de mami, cincuenta cajas de galletas y varias docenas de longanizas en panecillos.

Llevaban también trescientos globos de todos colores y otras clases de juguetes de mil variedades.

Los chicos y chicas formaban «atmósfera» y fueron ocupados durante un día entero.

LA FOTOGRAFIA SUBMARINA

El aparato de los hermanos Williamson

Gracias al aparato de los hermanos Williamson, el reino de Neptuno ha dejado de ser un misterio. Hace ya bastante tiempo se exhibió una película en Barcelona, que constituyó el "clou" de la temporada, filmada en las profundidades del mar Caribe, donde, según la fama, están las aguas más transparentes y tranquilas del globo, aun cuando no suceda lo mismo con los seres que las habitan.

En dicha película pudimos admirar todo un mundo desconocido hasta entonces, poblado por extraños seres y cubierto de una exótica vegetación, que antes sabíamos que existía porque así nos lo aseguraban los tratados de Historia Natural.

Los hermanos Williamson, que además de inventores del aparato en cuestión, son naturalistas y nadadores audaces, tuvieron la feliz idea de añadir una gloria más a la cinematografía, y construyeron un aparato sencillísimo que consiste en lo siguiente: En un tubo de unos 0'60 metros de diámetro, por unos 25 metros de largo (o cuantos se desee, según la profundidad), rematado en la parte inferior por una dilatación esférica de capacidad suficiente para permitir, en su interior la instalación de una cámara fotográfica, un operador y un ayudante. Dicha dilatación termina en una especie de embudo en ángulo recto con el tubo antes mencionado provisto de gruesas y resistentes lentes de cristal. Esta es la ventana que da al mar, y para descender hasta ella, es preciso hacerlo por el tubo que va adherido al fondo de un barco o balsa, provisto de una compuerta por la que es fácil subir todos los aparatos y dejarla herméticamente cerrada cuando no se opera, o hay que navegar.

Como, a pesar de ser diáfanos las aguas del mar Caribe, se tropezaba con el inconveniente de que a una profundidad de veinticinco metros, además de haber poca luz, era muy difusa, se sumergió una batería potentísima de luces eléctricas situadas a un metro o metro y medio sobre el embudo antes mencionado, de forma que al "rodar" la película no pudiera impresionar ningún punto excesivamente blanco y brillante que pudiera malograr el film.

Este es, a grands rasgos, el aparato; pero lo más peligroso es el escenario. Era preciso filmar algo que mereciera la pena, algo que llegara al alma del espectador; que éste pudiera darse cuenta exacta de rasgos de audacia y de valor personal.

Para hombres del temple de los mencionados hermanos, secundados,



POLA NEGRI

además, por los indígenas y con el valor que da la persecución de un fin científico, se comprende que no hubiera obstáculos, y si los había, era preciso allanarlos.

Una vez estudiada la fauna y flora de aquellos mares, era cuestión de amor propio no dejar sin impresionar la vida y milagros del habitante más temido de ellos, del terror de los marinos, del tiburón, tan abundante en aquellas aguas, tan "fotogénico", aunque tan mal actor.

Siempre se ponía fuera del campo del objetivo, lo que desesperaba a los directores, que en aquella ocasión eran varios. Se arrojaron al agua los mejores buceadores indígenas con objeto de atraerlos, sin conseguirlo; y es que sobre los tiburones hay una leyenda, basada no sabemos en qué, acerca de su ferocidad. El tiburón,



CONSTANCE TALMADGE

según aseguran los Williamson, es el pez más cauto y más cobarde que existe. La prueba está en que siempre que uno de estos seales se pesca, al abrirle el estómago indefectiblemente se le encuentran peces pequeños, moluscos y pulpos; nunca ningún pez o parte de pez grande. Antes de decidirse a hincar el diente en una presa dan vueltas y más vueltas, huyen, hacen falsas retiradas y vuelven y devoran la presa con ferocidad, cuando se convencen de que es inofensiva.

Se trataba, pues, de filmar un tiburón o varios, pero de cerca, para lo cual idearon colgar delante de la batería un caballo muerto, provisto de gruesos pedazos de plomo atados a sus extremidades para darle estabilidad.

Costó más de un mes el poder conseguir lo que se proponían.

Fustigados por el hambre y teniendo tan cerca la codiciada presa, pasaban como relámpagos sin determinarse a comer; y cuando ya, más confiados, lo hicieron, un nadador que estaba listo en una balsa con un gran cuchillo entre los dientes, se zambullía para atacarlos, como sólo ellos saben hacerlo. Bastaba que los tiburones vieran acercarse al nadador para que escaparan a gran velocidad.

Algún indigena cobró algún tiburón, pero o las escenas salían mal, o lejanas o borrosas, lo que determinó al pequeño de los Williamson a probar fortuna.

Costó varios días de improba labor antes de que pudiera coger a un tiburón por la aleta y pegarle una puñalada a la altura del corazón, hasta que un día pudo conseguir su objeto, precisamente delante de la cámara.

Como se ve, para los Williamson es coser y cantar el habérselas con un tiburón, y ellos mismos declaran que para el nadador, o mejor dicho, para el hombre que cae al agua, contra lo que muchos creen, el peligro más serio está en los grandes pájaros que siguen a los barcos, albatros, cormoranes, etc., que se precipitan a picarle en la cabeza con ensañamiento, e incluso a sacarles los ojos.

Se intentó filmar una escena a base de un indigena y unos albatros que seguían al barco, y que eran los llamados a desempeñar el papel estelar, y hubo que desistir y auxiliar al sudociego indigena inmediatamente y abrir fuego sobre aquellos pajarracos que armaban una algarabía infernal en señal de protesta al ver que les quitaban su "distracción" favorita. Y hay literatos que dicen que el albatros es el amigo del marino... ¡Naranjas!

ARGUMENTOS DE PELICULAS

La sirena de los trópicos

El marqués Severo, calavera impenitente, había formado el proyecto de divorciarse para después casarse con su encantadora ahijada, Denise. Pero alguien hubo que se negó rotundamente a ser juguete de este singular capricho, y ese alguien fué la marquesa, que amaba intensamente a su marido y que para convencerle de la mala acción que iba a cometer, le reveló que Denise amaba ya a André Berval, joven ingeniero a su servicio.

El marqués, que era propietario de importantes concesiones de terreno en las Antillas, llamó a su presencia a André Berval, y le dijo:

—Se que usted ama a mi ahijada, y estoy conforme en autorizar vuestra unión, pero con una condición: usted sabe que yo tengo concesiones de terrenos que sospecho contienen minerales preciosos; vaya usted a las Antillas y haga una investigación en los susodichos terrenos; desde luego le advierto que le cedo una parte importante de la extracción que realice, y cuando vuelva le autorizo para que se case con Denise.

André aceptó de buen grado la proposición, juzgándola un medio oportuno de la salir de la oscuridad y partió para América Central; pero durante ese tiempo, el viejo y achacoso marqués, que en el fondo no buscaba más que desembarazarse de un rival, había escrito a su *alter ego*, al hombre de su confianza en aquellas apartadas latitudes, al pérfido Alvarez, encareciéndole que por todos los procedimientos posibles procurara retener a André en ellos.

Alvarez no tenía necesidad de esta recomendación; como él presumía, le molestaba enormemente que una persona extraña viniera a inmiscuirse en sus asuntos; por lo que no tenía más que una idea: desembarazarse del joven ingeniero, fuera como fuese.

Sin embargo, André Berval estaba bien ejeno a que en ese país por todos conceptos hostil iba a encontrar alguien que le protegiese: Papitou era ese alguien; una linda mulatita, hija del amor de un viejo colono, llamado Diego, y de una mujer de color. Papitou, la traviesa muñeca de chocolate, era verdaderamente encantadora, y no vaciló en confesar a André su profundo reconocimiento, desde un día en que éste salió en su defensa haciendo fracasar las audaces empresas del siniestro Alvarez. Entre ellos, a partir de aquel momento, nació una amistad muy profunda por parte de Papitou y más superficial, por la de André, cuyo pensamiento no se apartaba ni un sólo momento de Denise. Papitou cuando le veía preocupado hacía lo imposible por distraerlo, ya con su carabina, con la que hacía blancos maravillosos, ya con sus danzas alegres y retozonas o con aquella ingenuidad en ella característica, mezcla de inteligencia lúcida y de tontería supina.

Una mañana, André y Alvarez, acompañados de dos negros, salieron hacia el monte Puebla. En la campaña salvaje, y por entre las rocas, una cabeza emergía de cuando en cuando. Era Papitou, que no perdía de vista a la escolta que llevaba André.

La pista o camino pasaba precisamente por un puente de lianas, que permitía franquear la cortadura de una montaña muy escarpada. André pasó el primero y cuando se encontraba hacia la mitad de aquel puente improvisado, Alvarez, partió bruscamente por el medio las dos lianas más gruesas que lo sostenían y este se hundió con estrépito en el abismo arrastrando en su caída a André. Entonces Alvarez, seguro de haberse desembarazado del hombre que venía a ser un obstáculo a sus proyectos, se dirigió a la montaña. Una vez que



MARY PICKFORD

Alvarez y sus secuaces hubieron desaparecido, Papitou descendió hasta el borde del arroyo y procedió al salvamento de André. A duras penas, la gentil mulata consiguió arrastrar hasta una gruta el inanimado cuerpo de éste, provisionalmente y donde estaba en relativa seguridad mientras ella iba en demanda de auxilios. André Berval, una vez restablecido, hizo detener a Alvarez, y decidió hacer un minucioso examen en los papeles del servidor infiel, para descubrir los medios de que se valía para la explotación de la mina en su provecho.

Entre los papeles descubrió la carta del marqués, carta que equivalía a una pena de muerte. En este preciso momento llamaron a la puerta de Berval. An-

dré abrió, y cual no sería su sorpresa al encontrarse en presencia de la marquesa y de Denise, que enteradas de lo que ocurría, acudían en su auxilio. Papitou vió cómo André caía en brazos de Denise y huyó desesperada...

André, Denise y la marquesa, se volvieron a Europa.

Algunos días después, enterada de que otro buque partía para Europa, no pudo resistir el deseo de ir a reunirse con André. Se refugió en una de las carboneras y partió para Francia. En París, Papitou, que era niñera, tenía una manera muy personal de entender la educación de los diez muchachos a ella confiados. En los jardines de las Tullerías, un día, procuraba distraerlos, ejecutando al son de un banjo, una danza de su composición. Esta escena había sido presenciada por un director de "music-hall", que presintió en la joven criolla un "número" extraordinario y le propuso un contrato tentador, que ella aceptó sin vacilar.

Al poco tiempo debutó y obtuvo un éxito rotundo. Apesar de todo no tenía más que un deseo: volver a encontrar a André Berval.

Una noche, en un restaurant de la plaza Pigalle, la casualidad hizo que conociera al marqués Severo, el que manifestó a Papitou que volvería ver a André si accedía a asistir al baile de los tópicos que daba al día siguiente en su hotel. Papitou aceptó. El marqués había arreglado pérfidamente esta entrevista, lo que dió origen a un violento altercado entre él y André, cuyo epílogo se pondría en el campo del honor.

La mañana en que se celebró el duelo, Papitou se deslizó en el parque sin ser vista. André debía tirar el primero, pero en el momento en que lo efectúa, el marqués cayó para no levantarse más, con la cabeza atravesada de un balazo. André quedóse perplejo, sin comprender nada, ni saber a qué atribuir aquella muerte.

Era Papitou la que, armada de una carabina y aprovechando sus excepcionales dotes de tiradora, había disparado al mismo tiempo que él. André, indignadísimo, le reprochó esa acción. ¿Por qué no le había dejado morir? Por su culpa había perdido lo que más amaba en el mundo, había perdido a Denise.

Papitou, vió la desesperación de su gran amigo y comprendió que amaba demasiado a Denise, para albergar la esperanza de que un día pudiera amarla a ella. Se volvería otra vez a su país, ya que el Destino cruel así se lo ordenaba para que de esta forma André fuera dichoso... y, aquella noche, mientras bailaba por última vez entre un público que le aclamaba frenético, lloró su amor perdido, sus doradas ilusiones muertas, todo el drama, toda la dulzura de su juventud.

núm
56

JUEVES
CINEMATOGRAFICOS

marzo
29
1928

El Día Gráfico



Pepita Llacer, célebre artista española, creadora de aires regionales, que va a dedicarse al séptimo arte para el que reúne grandes aptitudes



Olive Borden y Jacques Lerner en una escena del film Fox, 'Habla el mono.'



Hula-Alice White, en "Harold Teen" de la First National.



La pareja que secunda a Jackie Coogan en la producción M. G. M. "El pequeño cornetín" ~



Una escena de "Jaque a la Reina" de Selecciones Verdaquer

Dolores Costello en una escena de "La mujer vendida" - Selecciones Gran Luxor Verdaquer.



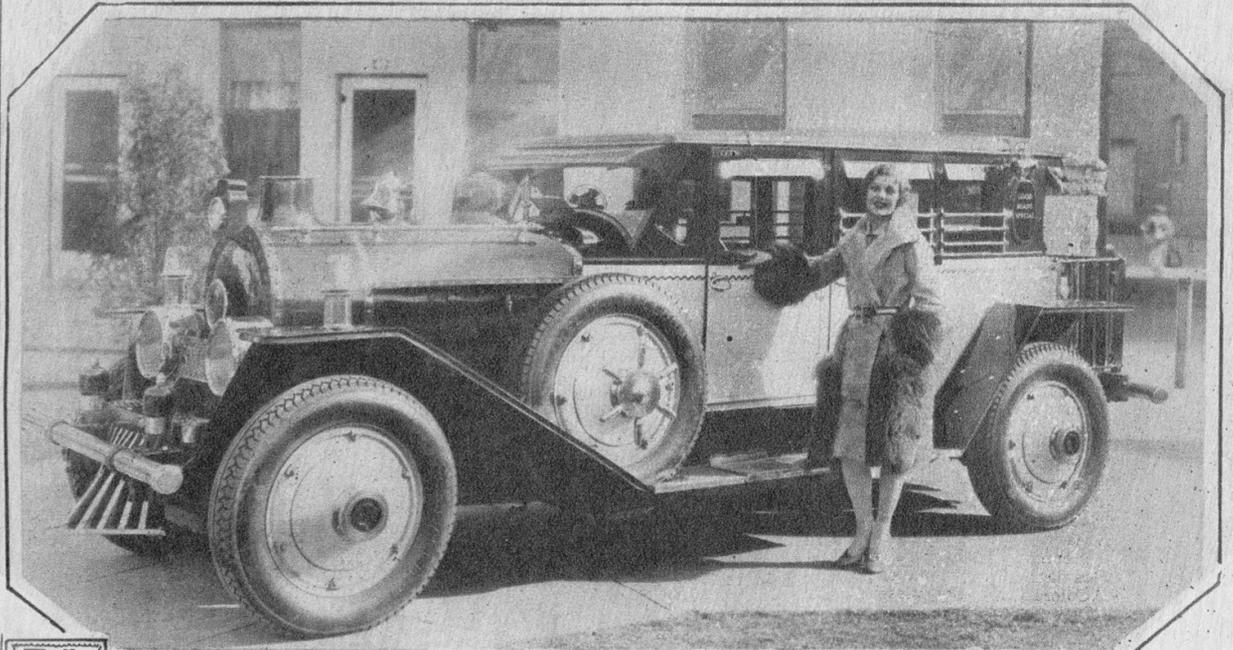
Olive Brook y Billie Dove en la producción First National "The Yellow Lily"



Maria Dressler, actriz cómica de la M.G.M.



George O'Brien y Virginia Valli contemplando modernos horizontes.



Loretta Young nueva estrella de la M. G. M. con su original automóvil.



Jackie Coogan
en
El pequeño cornetín

Buna escena de
La mujer
marcada



256-107

Noticias de la Firts National

FIRST NATIONAL COMPRA LOS DERECHOS A «THE SQUALL»

Richard A. Rowland, gerente general y de producción de la First National anuncia la compra de los derechos mundiales para el cine de «The Squall», la obra de Jean Bart que acaba de cerrar una temporada de un año en Broadway para salir a un tour de provincias. Blanche Yurka fué la estrella de la obra teatral. Aún no se ha dicho en la First National a cual de sus estrellas se le asignara la obra.

SE HA TERMINADO LA FILMACION DE LA NUEVA PELICULA SILLS, «BURNING DAYLIGHT»

El director Charles Brabin ha terminado la filmación de la nueva First National con Milton Sills, de Jack London sobre aventuras en Alaska y San Francisco.

Los informes del Estudio indican que «Burning Daylight» presenta al astro en un rolé aún más apropiado que el del hachero en «The Valley of the Giants», que actualmente alcanza un gran éxito.

Está secundado por la encantadora Doris Kenyon y por Arthur Stone, quien ha aparecido en varios de los últimos films de Sills, Lawford Davidson, Fred Warren, «Big Boy» Williams, Jane Winton, Stuart Holmes y Edmund Breese.

SE PREPARAN OCHO PRODUCCIONES EN LOS ESTUDIOS FIRST NATIONAL PARA INICIARSE EN BREVE PLAZO

Ocho nuevas películas se preparan en los Estudios Burbank de la First National para entrar en producción en breve plazo. Casi todas las estrellas aparecen, excepto Colleen Moore, quien se halla en plena filmación de la producción George Fitzmaurice, «Lilac Times», y Corinne Griffith, cuya película a su regreso a la Compañía no se iniciará todavía.

La siguiente de Richard Barthelmess después de «The Little Shepherd of Kingdom Come», actualmente en producción, será «Roulette», del argumento por Fanny Hurst comprado recientemente por Richard A. Rowland, gerente general y de producción.

Una semana más tarde se iniciarán otras cuatro películas:

Una será la próxima Billie Dove, «The Heart of a Follies Girl» que actualmente dirige John Francis Dillon. Su siguiente película, será «The Yellow Lily», del argumento por Lajos Biro, la cual será dirigida por Alexander Korda.

Se espera que Milton Sills principie una nueva película el mismo día con un argumento escrito para él por Wid Gunning y Sidney Lazarus, el cual no ha recibido título todavía.

El director Richard Wallace espera principiar la filmación de «The Butter and Egg Man», de la obra escénica por George S. Kaufman, en la misma fecha. Jack Mulhall será el astro.

Al mismo tiempo se principiará una nueva película con Dorothy MacKail, hasta hace poco formando «pareja» con Jack Mulhall.

La cuarta película que se iniciará al mismo tiempo es el antiguo melodrama inglés, «The Whip», cuyos derechos cinematográficos ha adquirido la First National. Sam E. Rork manejará la producción de ésta y de una segunda película como gerente productor de la First National.

Dos días más tarde la Harry Langdon Productions, Inc. espera principiar la nueva comedia de Harry Langdon para la First National. Como es costumbre con este bufo, no se ha dado ninguna información con respecto a la película ni se ha anunciado su título.

Luego, E. M. Ashe principiará su trabajo en la comedia especialmente escrita para él por Howard J. Green, la cual tampoco ha sido titulada todavía. La siguiente de Murray también carece de título hasta la fecha.

LOWELL SHERMAN Y MILDRED HARRIS CONTRATADOS PARA SECUNDAR A BILLIE DOVE

Funcionarios de la First National han contratado a Lowell Sherman, Mildred Harris, Josephine Dunn y Clarissa Selwynne para secundar a Billie Dove en su próxima película, «The Heart of a Follies Girl», que John Francis Dillon filma actualmente en los Estudios Burbank. Larry Kent hace el galán en este argumento por Adela Rogers St. John. Lowell Sherman acaba de terminar su rolé en las producciones Robert Kane-Allan Dwan para la First National, «The Whip Woman» y «Mad Hour», esta última basada en la novela de Elinor Glyn, «The Man and the Moment».



SUZIE VERNON

EN LOS ESTUDIOS DEFU-FIRT NATIONAL

Los Studios Staaken, en las montañas alemanas. Los deslumbradores focos eléctricos lanzan sus penetrantes rayos. Abajo, enrejados y lienzos compiten con el espacio. Las gentes, semejan enanos, bullen entre el tumulto. Entramos.

Se filma «Manege». Leopoldo Blonder, el arquitecto, nos recibe y nos conduce a un pedestal en el fondo, donde la inmensa puerta permanece cerrada. Observamos la escena: una calle de París, completa hasta en sus menores detalles, precisa y práctica para los fines de la pantalla, demuestra la previsión de arquitecto y director. Aquí todo sirve un fin y el conjunto ha sido bien hecho: el Café Literario, la casa donde el crimen se comete, la esquina destinada a las escenas de lluvia y, la más importante el «Manege», o arena, como en el conocido Circo Busch, de Berlín.

Los efectos de luz son espléndidos: «Listos, cámara», «Action». Y la acción se inicia. La multitud atraviesa las calles. Una docena de taxis se abren paso sonando sus sirenas, transeúntes caminan despaciosamente, observando los puntos de interés. Los trajes irradian, los letreros eléctricos titilan. ¡El torbellino de la vida!

NOVEDADES CORTAS

«The Whip Woman», por Forrest Halsey y Leland Hayward, será la segunda producción de Robert Kane para la Firts National desde que regresó a la Costa Occidental. La primera, actualmente en producción, es «French Dressing».

«The Whip Woman», será dirigida por Joseph C. Boyle, bajo la superintendencia de Allan Dwan. Boyle también dirigió «Broadway Nights» y «Convoy» para Kane en los Estudios del Este.

Hungría, después de la guerra, es la nueva película.

UNA ORGIA

Las reuniones más escandalosas en Hollywood son solamente para la pantalla. Una se llevó a efecto esta semana en el decorado de «Sailors Wives», film de la First National con Mary Astor y Lloyd Hughes, que dirige Joseph Henabery.

Fué escandalosa, un asunto para dejar atónito a cualquiera, pero tan inocuo como un concurso de costura.

«BURNIN DAYLIGHT» ES LA PROXIMA PRODUCCION DE MILTON SILLS

Milton Sills, astro de la First National, habiendo terminado su trabajo de cámara en «The Valley of the Giants», de la novela de Peter B. Kyne, principiará inmediatamente su siguiente película, «Burning Daylight», de la novela por Jack London.

DISTINCION PINTORESCA

Elmer Pearson, jefe honorario de los navajos



JOHN GARWOOD



MARI BRAND

dos Unidos. Durante varios días estuvieron apareciendo indios por todas direcciones; muchos venían de muy lejos, y llegaban con sus familias completas.

La celebración de la gran fiesta comenzó a la salida del sol, iniciándose con carreras de caballos y otros deportes indios. El hecho sobresaliente del día fué celebrado en honor del gallo emblemático de la marca de fábrica Pathé, que consistió en echarle el lazo a un gallo, previamente enterrado en la arena, dejándole solamente la cabeza y el cuello por fuera; los indios, al pasar a toda velocidad, a caballo, trataban de enlazarle la cabeza, que se movía nerviosamente en todas direcciones. Siguiéron luego otras diversiones netamente indias, y la fiesta concluyó con una «barbacoa», o sea la distribución entre la concurrencia de los sabrosos pedazos de carne de un animal asado. Después se exhibieron algunas escenas de la película, en honor de los numerosos huéspedes.

El señor Pearson fué coronado por el Jefe Sanguinetho, que le puso el adorno de plumas de águila, honor que no hace mucho fué conferido al presidente Coolidge, por los indios del Oeste. Esta ceremonia fué acompañada por un discurso, en la lengua de los Navajos, dando la bienvenida al nuevo jefe; el señor Pearson respondió trasmitiéndoles un saludo amistoso del Gobierno de los Estados Unidos. Aprovechó la oportunidad para dar las gracias a los indios por su cooperación en la busca de cuatro artistas que estuvieron perdidos durante tres semanas en los desfiladeros del Gran Cañón.

El señor Elmer es un hombre de negocios, de vasta experiencia, habiendo sido director de varias compañías de importancia, antes de entrar en el campo del cinematógrafo. Entre ellas, trabajó en el ferrocarril Unión del Pacífico, y también en una casa de Banca de Nebraska.

A principios de 1911 fué cuando, como secretario del gerente de General Films Company, entró a formar parte de la familia del cine. En 1912 lo hicieron gerente, y en 1913 tomaba la gerencia de la Casa Pathé, en Omaha, Nebraska. Más tarde fué director de la sucursal de World Film Corporation en esa misma ciudad.

Elmer Pearson, primer vicepresidente de Pathé Exchange, Inc., ha sido nombrado jefe honorario de la nación de los que una vez fueron poderosos indios Navajos. A la ceremonia, que se celebró en el Altar Shinumo, en el Desierto Pintado de Arizona, asistieron más de dos mil indios de esa tribu.

La Pathé Exchange, Inc., en cooperación con J. R. Bray, se encontraba en el Desierto Pintado tomando escenas de una película titulada «La Novia del Colorado», con una compañía de cien personas. Los indios que residen por aquellos alrededores se interesaron inmediatamente en la película, especialmente debido a que ellos siempre han considerado al turbulento Río Colorado como innavigable, y querían ver si los blancos podían cruzarlo en realidad. Al efecto, cientos de ellos se mudaron temporalmente a las cercanías del Gran Cañón, para no perder de vista los trabajos de la compañía de artistas, al mismo tiempo que presenciaban la realización de lo que consideraban irrealizable.

En verdad, los artistas sufrieron grandes penalidades y los consiguieron sustos y contratiempos, pero probaron a los indios que sí se podía cruzar el Colorado que atraviesa el Gran Cañón.

Desde hacía muchos años no se había visto un conjunto de indios más numeroso en esta parte de los Esta-

Presentó la dimisión de este puesto en abril de 1915, y fué nombrado gerente-inspector de distrito por la Vitagraph-Lubin-Elig-Essenay Inc.

Luego abrió y dirigió las sucursales de esa Compañía en la ciudad de Kansas, y estuvieron bajo su intervención las sucursales de San Luis, Denver y Salt Lake City.

En 1916 fué nombrado director de ventas de la Essenay Film Mfg. Co. y George Kleine System.

En 1918 lo hicieron gerente de las sucursales de la First National en Minneapolis y Milwaukee, presentando la dimisión de este cargo y siendo nombrado inmediatamente director de ventas de la Casa Pathé, con oficinas en Nueva York el primero de junio de 1919.

En febrero de 1920 ascendió a director de las sucursales de esta misma Casa. Lo nombraron gerente el día 30 de septiembre de 1921, y gerente general en abril de 1923.

En abril de 1927 fué nombrado primer vicepresidente de esta misma Casa Pathé.

No hay duda alguna de que un hombre con un conocimiento tan profundo del comercio, de la Banca, de los caminos de hierro, por haber trabajado muchos años en Compañías de esa índole, tendrá éxito al dedicar todas sus energías a la cinematografía, y que está perfectamente capacitado para dirigir una Compañía de importancia como la Casa Pathé de Nueva York.

FUNERAL

Tomás H. Ince, Bárbara La Mar, Rodolfo Valentino

Con el título "Recordando a tres grandes del cine", publica R. F. un artículo, que reproducimos por su interés anecdótico. Dice así el trabajo en cuestión, aparecido recientemente en una revista americana:

"El reciente fallecimiento de amigos queridos, todos artistas de la pantalla, trae a mi memoria el recuerdo de aquellos tres grandes del cine, también desaparecidos, con quienes tuve afectuosas relaciones cuando viví en California: Bárbara La Marr, Tomás H. Ince y Rodolfo Valentino.

Conoció a Bárbara cuando habitaba un cuartito del antiguo hotel Christ. Acababa de filmar su segundo papel importante—el de Milady de Winter en "Los tres mosqueteros", de Douglas Fairbanks—y la suerte había favorecido a la linda actriz que tres años más tarde sería una de las estrellas más en boga. Bárbara tenía entonces distintas ocupaciones. Escribía argumentos de películas, artículos para los periódicos y poesías para las revistas neoyorquinas. Su carácter no varió jamás, el éxito no la deslumbró, y hasta la muerte fué la joven encantadora adorada en los estudios. En sus labios siempre había una palabra afectuosa para los electricistas, para los figurantes, y hacía cuanto le era posible para ayudar y dar ánimo a los debutantes.

Después de "Mujeres frívolas", de Ingram, uno de sus triunfos más grandes, dió una comida a cincuenta de sus mejores amigos, y esa fiesta, que hizo época, es uno de los recuerdos más gratos que conservo de mi permanencia en Hollywood. Bárbara nos contó su vida, sus ambiciones, sus esperanzas, y no dejó de hacernos el relato de cómo fué desterrada una vez de Los Angeles, antes de dedicarse al cinematógrafo. Los jueces opinaron que era "demasiado bonita", y decidieron que una joven tan linda no debía vivir sola en la gran ciudad y la devolvieron a sus padres. No volvió a Los Angeles hasta algunos años después. La vi días antes de su muerte en "United Studios", cuando terminaba "La muchacha de Montmartre", su último film. Me habló de sus proyectos: quería visitar Francia e Italia; quería ver París y la calle de la Paz. Dos días después se desmayó en escena. La trasladaron a su casa en Pasadena, y allí murió. ¡Pobre Bárbara!

Con Ince hice conocimiento de la manera más singular. Iba yo al estudio en busca de un amigo, y después de franquear la puerta me encontré bien pronto perdido en un laberinto sin poder dar con mi camino. Fué entonces cuando me vi frente a Ince, que se paseaba solo por su estudio.

Yo no le conocía, y al preguntarme qué deseaba, le contesté que buscaba al señor Mauricio Tournier para visitar el estudio. Se ofreció a servirme de guía y creyéndolo yo un ayudante del director le di las gracias y acepté. De ese modo fué el mismo Ince quien me enseñó su estudio, dándome detalles conocidos únicamente por él. Como yo le preguntase por Ince, él se entretuvo en describirme el carácter del "boss", es decir, el suyo, y no fué sino mucho más tarde, en casa de Mack Sennet, que tuve el honor de verle verdaderamente presentado. Se echó a reír ante mi estupefacción al reconocerle como a mi amable guía de aquella tarde y desde ese momento fuimos amigos. Su muerte me produjo profunda pena. El estudio de Tomás H. Ince pertenece hoy a Cecil B. de Mille, pero cada vez que entro en el inmenso establecimiento no puedo menos que pensar en las circunstancias de mi primera visita, al mirar al gigante negro que Ince colocó a la puerta del estudio cuando su fundación y que ocupa todavía el mismo lugar.

Fué Nazimova quien me presentó a Valentino al día siguiente de su éxito en "Los cuatro jinetes del Apocalipsis" y fué en casa de Nazimova también, donde Rudy conoció a su primera mujer, Jean Acker, que se separó de él la misma noche de su boda, y más tarde a Natscha Rimbova, de la que debía divorciarse poco tiempo antes de su fin prematura. La madre de Rudy era una francesa, de origen borgoñón, y Valentino hablaba el francés, que se complacía en usar siempre que le era posible."



JOHN BARRIMORE

BIOGRAFIAS

MARIA CORDA

María Corda vió la luz en Viena, en 1903, contando por lo tanto en la actualidad 24 años, estando sus padres adscritos a la alta servidumbre del Palacio Imperial. Su juventud transcurrió plácida entre las alamedas del parque de Schonbrun hasta que el descalabro europeo, al resquebrajar aquella dinastía, trajo también la desgracia a la familia de la hoy famosa actriz, que pasó a partir de este momento por trances económicos muy difíciles.

María Corda, decidida a coadyuvar resueltamente al sosten de la casa, entró de secretaria en un hotel, de donde tuvo que salir para evitar los requerimientos amorosos del viejo propietario, que estaba dispuesto a llevarla al altar. La Corda no había ciertamente nacido para hotelera, y bajo los buenos auspicios de un antiguo amigo de la familia, pasó a desempeñar una plaza de maniquí en casa de un afamado modisto en Berlín, donde conoció a un poderoso Maharadjá que también, rendido a su belleza, le ofreció compartir con ella su reino. La proposición era tentadora ciertamente, pero el tener que abandonar a sus padres, viejecitos, de un lado y el miedo a no ser ella sola a poseer el corazón del príncipe hindú, que además, tenía ya alguna edad, la decidieron a rechazar la nueva proposición matrimonial. María Corda, llegó a indignarse consigo misma, atendido a que sólo llamaba la atención a personas demasiado "reflexivas" para su edad llena de ilusiones y entusiasmos y para su alma saturada de añoranza de sus primeros flirteos bajo las frondas de las regias posesiones.

Huyendo, pues, de las asiduidades del viejo hotelero y del achacosos oriental, la Corda alquiló un hotelito en Tempelhoff, en las proximidades de la ciudad cinematográfica donde la U. F. A. desarrolla sus actividades, y allí conoció a Alexander Corda, un joven, por fin, que la dió su nombre y con el tiempo una aureola en el mundo del arte silente, ya que el marido de la hoy bella actriz, no es otro que el famoso director de este nombre.

María Corda, usa pues, el apellido de su marido en sus actuaciones artísticas. Su apellido verdadero lo conocen tan sólo contadísimas personas, y guardan acerca de él impenetrable secreto.

Resuelta a seguir ocultando su nombre, cuando se la pregunta por él, María dice solamente, que lo dejó guardado al fondo de un sauce a orillas del lago del parque imperial vienes. Y más tarde habla, una lágrima en la rueda de sus nacarinas mejillas, recogida por un diminuto pañuelo, blasonado con cifras coronadas.

ALREDEDOR DE NUESTRA ENCUESTA

¿Por qué gustan las "estrellas"?

Examinando, con el interés que se merecen, las contestaciones que para nuestra encuesta cinematográfica vacía diariamente el cartero sobre la mesa de la Redacción, nos hemos preguntado muchas veces: «¿Cuál será el motivo, el verdadero motivo, de que gusten ese actor o aquella actriz? ¿Por qué, en fin, gustan las estrellas?». Y he aquí que, de improviso, una publicación ultramarina nos trae la respuesta, en el título de un artículo: «Gustan porque sí». Firma el trabajo Marios Aurelio Galindo, que dice lo siguiente:

En lo que se refiere a nosotros, estamos en disposición de explicar a quien lo quiera así y en cualquier momento, el por qué de nuestra simpatía o admiración; o las causas que motivan nuestro desprecio o nuestra antipatía por esta, aquella o la otra «estrella» cinematográfica. Mas, ¿podría el público explicarnos, o explicarse a sí propio siquiera, por qué se siente atraído hacia esta actriz y deshecho francamente a aquella?

Si el lector lo permite, vamos a asegurarse en seguida que lo dudamos. El público, por lo que nos ha sido dado observar, se entrega sin reservas a los sentimientos en él provocados por un astro o una luminaria cinematográfica, más o menos rutilante, pero lo hace sin detenerse a considerar las razones a que obedece entrega semejante. En actor o una actriz le gusta, le atrae... O no le gusta, ni le simpatiza, ni le atrae... Y nada más.

Si Richard Dix es del agrado de cien mil chiquillas suspirantes y noveleras, esas cien mil chiquillas se apresurarán a enrarecer con sus continuos suspiros la atmósfera de cuanto salón corra una cinta de Mr. Dix. Si cien mil chiquillas encuentran antipático al joven Dix, se apresurarán a enrarecer la atmósfera de cuanto salón evite las películas en que Richard asoma su nariz.

Ahora bien: acudamos a preguntar a esas cien mil chiquillas—a todas las cuales, de entre las cien mil que tomamos para nuestro ejemplo, queremos, en generoso impulso, considerar preciosas... ¡a todas!—sus razones para acudir o evitar a Richard Dix. Nos dirán muchas cosas: que es encantador, que es guapísimo, que es «muy hombre»... O lo contrario: que es muy afeminado, muy tosco, muy antipático. Claro que todo ello es expresión legítima de muy legítimas y muy personales impresiones, pero no explica la atracción o la repulsión ejercida por Richard o por quien quiera. En realidad, eso no es sino el efecto; nunca la causa. Entonces...

Después de todo, el problema no es

nuevo. Lo nuevo es el aspecto, aspecto que asume apenas en gracia al medio de expresión de aquellas «estrellas» a quienes el favor o el desfavor de los públicos levanta o condena inapelablemente... q

En Rodolfo Valentino hallamos, precisamente, un ejemplo de cuanto pueden hacer las irrazonables, instintivas y ciegas impresiones de los espectadores. Ningún actor del cine surgió tan brillantemente ni conquistó nunca tan extraordinaria popularidad. Rodolfo Valentino fué, en verdad, un ídolo. No un simple actor estimado, admirado, amado del público del mundo, sino, sin duda alguna, un individuo al que los aficionados al cine, ya sea cayendo en la trampa de la publicidad, o porque Valentino naciera con suerte, o porque calzaba el número 34, convirtieron en un objeto de ciega y feroz idolatría. ¿Por qué? El mundo entero lamentó su muerte como si hubiera lamentado la de la tierra misma... Los hombres, ciertamente, ni la mitad siquiera de lo que las mujeres lo hicieran, pero ellos también experimentaron cierta melancolía... Como que en su muerte hubiera querido medir su propia insignificancia y visto el inevitable resultado final de sus humanos esfuerzos y sus obscuras y veniales flaquezas... O, más vanamente, apenas la desoladora desaparición de aquel en quien quisieran verse y en quien sus novias, sus madres, sus esposas, sus hijos, sus amantes quisieran verles retratados... ¿Por qué?

¿Porque era guapo? ¿Porque fué muy elegante? ¿Porque sabía amar en la pantalla? ¿Porque bailó un gran tango en «Los cuatro jinetes del Apocalipsis»?... (Y que fué muy grande, aunque no fuera muy tango). ¿Por qué? ¿Porque interpretó el héroe de Blasco Ibáñez? ¿Porque era italiano? ¿Porque era un caballero? ¿No? ¿O habremos de respondernos que sí? No. No, lo. ¿Por qué diablos, pues? ¡Vaya usted a saber! Nosotros nos contamos entre sus más reposadamente sinceros de sus admiradores, y sabríamos explicar el por qué gustamos de su obra y de su personalidad, pero no hemos sabido nunca, que podamos afirmarlo, por qué gustaba el público de Rodolfo Valentino: de su persona, de su aire, de su figura, de su trabajo, de su personalidad, de su vida o de su muerte. Fué un ídolo, pero, como tal, lo fué sin que asomara a los hombres que en él idolatrarán se detuvieran a medir sus virtudes o sus faltas, su grandeza o su mezquindad.

Y el caso de Valentino es el caso de las «estrellas» todas. De todas, na-

turalmente, las que han adquirido una reputación, que se han ganado un lugar en la admiración y en el afecto del público del cine. Las chiquillas nos dirán que gustan de Richard Dix por guapo, de Adolphe Menjou por caballero y donjuanesco, de Ronald Colman por elegante y sencillo, de John Gilbert por el fuego de sus ojos. Los muchachos, los hombres, también, nos dirán que admiran en Breta Garbo su tipo exquisito de mujer de niebla, felina y voluptuosa, inteligente y sutil; en Norma Talmadge, su cabeza de mujer estricta y vivamente femenina; en Laura La Plante, su joven color rubio... Y alguien irá hasta el extremo de decirnos que se precipitan a ver a Richard Barthelmess o a Aileen Pringle porque son «muy buenos actores». Pero unos u otros nos mentirán, engañándose a sí propios. Esa no es la razón, la razón primordial, la razón incontestable, absoluta, arrolladora, la razón única e imposible.

El secreto de la admiración, de la simpatía, del cariño—como el de todo otro sentimiento contrario—que el público profesa a las «estrellas» es algo precioso e intangible, perfectamente vago y del todo impredecible. A la postre, en el fondo de todas nuestras especulaciones, como resultado de cuanto fuésemos a investigar, quizá encontrásemos una sola y misma explicación, tan obvia, tan natural, como es antigua. Lo que en inglés se llama «it», y en castellano «aquél» o «ángel» o sea, brutalmente, la atracción sexual.

La razón inviolable; el atributo único al que las «estrellas», hombres y mujeres, deben cuanto son. Lo que hizo una irresistible de Elena de Troya.

«Tú lo suyo» dicen los andaluces. Los otros términos empleados en épocas pretéritas en un intento de explicar lo que ahora nosotros apenas señalamos—hechizo, encanto, gracia, magnetismo—, no llegan siquiera a la cuarta parte del camino que ha de recorrerse para aclarar el misterio. «Un no sé qué».

Un no sé qué: he ahí, quizás, la verdad única del amor o el desamor que inspiran las «estrellas». Las que están arriba son dueñas de una cantidad, cuando menos suficiente, de «no-se-qué»; las que no llegan jamás arriba, carecen de Eso.

El que sean guapos, atractivos, simpáticos, inteligentes, «chis», excéntricos, raros, feos o fantásticos; el que sean magníficos actores, no les vale nada. El secreto está en el «Aquél». Lo demás, es lo de menos.